

Vía Crucis según Monseñor Antonio de Castro Mayer

Señor y Dios mío, dispón mi alma para que te acompañe en el camino que transitaste desde el pretorio de Pilatos hasta el Calvario para inmolarte por mi salvación. Te pido la gracia de concebir un gran dolor y arrepentimiento de haber pecado, causando tus atroces sufrimientos, y que tu Sangre preciosísima infunda en mi alma un firme propósito de nunca más pecar.

PRIMERA ESTACIÓN **Jesús es condenado a muerte**

Cediendo al clamor de los judíos, Pilato condenó a Nuestro Señor a morir en la Cruz. Lo que llevó a los judíos a pedir la muerte de Nuestro Señor fue su infidelidad. Imitando la desobediencia de Adán, quisieron seguir una religión de su agrado y no la religión revelada por el Hijo de Dios.

Pidamos humildemente a Nuestra Señora la gracia de ser siempre fieles a la voluntad de su divino Hijo, de no hacernos una religión a nuestro gusto, sino seguir la de nuestros padres, que dieron su vida por no adorar a los ídolos.

SEGUNDA ESTACIÓN **Jesús con la Cruz a cuestas**

Después de la vigilia en el Huerto de los Olivos y de la atrocísima flagelación, Jesús se somete ahora al sacrificio de cargar la Cruz hasta el Calvario. Lo hace para reparar nuestros pecados.

Aprendamos que sin sacrificio y espíritu de mortificación, nuestra religión es vana y sin merecimiento. Pidamos a Nuestra Señora la gracia de aceptar con alegría las mortificaciones que nos imponen nuestros deberes de estado.

TERCERA ESTACIÓN **Jesús cae por primera vez**

Agotado ya por la falta de sueño, por el hambre y la pérdida de sangre, Jesús cae por tierra, vencido por el peso de la Cruz.

En los designios de Dios esta caída es para expiar las ofensas de nuestros pecados y alertarnos contra nuestra presunción. Por nosotros mismos vamos de pecado en pe-

cado y de caída en caída. Pidamos a Nuestra Señora la gracia de la vigilancia en la oración y de la huida de las ocasiones de pecado.

CUARTA ESTACIÓN

Jesús se encuentra con Su Santísima Madre

María no estuvo en la agonía del Huerto ni en el infame proceso a que fue sometido su divino Hijo; pero se hizo presente cuando al fin El iba a consumir el sacrificio de la Redención del mundo. Ambos, Jesús y María, en los decretos del Altísimo, están unidos en la misión de redimir al hombre.

Como Madre de los redimidos es como María colabora en la obra de la salvación. A esta Madre hemos de recurrir para asegurarnos la fidelidad a su divino Hijo, en medio de la sociedad paganzada que nos rodea.

QUINTA ESTACIÓN

Simón de Cirene ayuda a Jesús a llevar la Cruz

Al poco trecho del camino del Calvario, los verdugos del Salvador se convencen de que, por su extrema debilidad, consecuencia de las torturas, no estaba en condiciones de cargar con su patíbulo hasta la cima del monte. Forzaron entonces a Simón de Cirene a cargar con la Cruz del Salvador.

También nosotros debemos ayudar a Jesucristo a cargar la Cruz. Y lo hacemos no conformándonos con el modo de vivir de una sociedad que en la práctica se apartó de la austeridad cristiana. Que Nuestra Señora nos otorgue esta gracia.

SEXTA ESTACIÓN

La Verónica enjuga el rostro de Jesús

En medio de aquella sádica multitud que formaba el séquito nefando del Salvador en el camino del Calvario, una mujer fuerte, arrostrando la arrogancia de los soldados, se aproxima a Jesús y limpia el sagrado rostro desfigurado por la sangre de la corona de espinas, por los golpes de los sicarios del Sanedrín y por las bofetadas de la bestial soldadesca.

Admiremos avergonzados la fortaleza de esta mujer, y pidamos a Nuestra Señora la gracia de no traicionar nuestra religión por culpa del respeto humano.

SÉPTIMA ESTACIÓN

Jesús cae por segunda vez

No basta la ayuda del Cireneo, y el gran agotamiento del Salvador lo hace caer por segunda vez en el camino del Calvario. Esta segunda caída del Salvador recuerda nuestras repetidas culpas a la vez que la infinita misericordia de Dios, que sólo espera nuestro arrepentimiento para socorrernos.

Que la flaqueza del Redentor sea nuestra fortaleza, y nos ayude a rechazar un catolicismo mediocre de sabor sensual, hecho más de caídas que de virtudes.

OCTAVA ESTACIÓN

Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén

Al ver los tormentos que los soldados inferían a Jesús en el camino del Calvario, unas piadosas mujeres de Jerusalén mostraron su consternación con grandes llantos. Agradecido, Jesús las exhortó a que hicieran provechosas sus lágrimas, llorando más por sí mismas y sus hijos que por El.

Cristo desea nuestra salvación. Por eso más le hieren nuestros pecados que las llagas de su cuerpo. «Llorad por vosotros y vuestros hijos», nos repite, cuando nos ve más inquietos por nuestros bienes terrenos que por nuestros pecados. Que la Virgen Santísima abra nuestros ojos para purificar nuestro catolicismo.

NOVENA ESTACIÓN

Jesús cae por tercera vez

La extrema debilidad postra de nuevo a Jesús por tierra. Esta humillación se suma a todas las otras a que se sujetó el Salvador en su Pasión.

Lo hace por amor a nosotros, por nuestra salvación, pero también para que comprendamos que sin aceptación amorosa de las humillaciones que El nos envía, no participamos de la redención, porque no nos asemejamos a Cristo. Que la Virgen Santísima, Madre de los Dolores, nos impregne de esta verdad.

DÉCIMA ESTACIÓN

Jesús es despojado de sus vestidos

Llegado al Calvario, fue Jesús impudicamente despojado de sus vestidos por la inmunda soldadesca. Jesús, el cándido lirio de inocencia, sufre la terrible humillación de ser presentado a los ojos de la multitud teniendo apenas la túnica de su sacrosanta sangre para velar su sagrado cuerpo.

Que la Virgen purísima nos conceda el amor al recato, a la modestia y a la discreción, condiciones indispensables para la práctica de las virtudes.

UNDÉCIMA ESTACIÓN

Jesús es clavado en la Cruz

Acostado Jesús sobre la Cruz, le estiran violentamente los miembros y los clavan en el madero con gruesos clavos. El suplicio de la Cruz estaba reservado a los esclavos, con quienes era lícito no tener conmiseración. Además, Jesucristo fue crucificado entre dos ladrones, como para indicar que era el peor de ellos. Todo concurría para hacer extremos los sufrimientos físicos y morales del divino Salvador. Con ellos nos liberó de la esclavitud del demonio y de la muerte eterna, y nos mereció el cielo en el seno de Dios.

Con corazón agradecido, aprendamos a apreciar las humillaciones y los sufrimientos con que Dios purifica nuestra alma, especialmente los que nos exige por el cumplimiento de nuestro deber de estado.

DUODÉCIMA ESTACIÓN

Jesús muere en la Cruz

Después de tres horas de tormentosa agonía, Jesús inclinó su cabeza y murió. Se había consumado el sacrificio. El velo del templo se rasgó de arriba abajo anunciando la abolición de la ley mosaica, sustituida por la ley de Cristo, que la perfecciona y supera y alcanza a todos los hombres.

San Pablo exclama: «Estoy clavado con Cristo a la Cruz». Este es también el ideal de todo fiel: unirse a Jesús crucificado por la renuncia a sí mismo, la obediencia a los superiores, la mortificación y el cumplimiento del propio deber. Pidamos estas disposiciones a la Virgen Santísima presente al pie de la Cruz.

DECIMOTERCERA ESTACIÓN

Jesús es bajado de la Cruz

Nicodemo y José de Arimatea obtuvieron de Pilatos el cuerpo de Jesús. Cuidadosamente lo bajaron de la Cruz y lo pusieron en brazos de su Madre, María Santísima, a quien pertenecía por derecho propio. La Virgen contempló en silencio la serenidad y majestad profunda de aquel rostro, lo adoró y lo presentó al Padre eterno como propiciación por nuestros pecados.

Habuémonos a vivir como María. Ella nos llevará a Jesús, Ella nos dará su gracia y su vigor para que triunfemos contra todas las seducciones que brotan por todas partes en una sociedad inmersa en el egoísmo y en la sensualidad.

DECIMOCUARTA ESTACIÓN

Jesús es depuesto en el sepulcro

María Santísima acompañó el cuerpo de su divino Hijo al sepulcro, excavado en la piedra, en el que nadie había sido sepultado todavía. Sobre todos descendió la paz, y el ambiente sobrenatural que los inundó sepultó los alaridos de la multitud frenética que había pedido la muerte del Salvador.

La paz del Señor es la paz del corazón que se vacía de los sentimientos egoístas y sensuales para llenarse de la caridad de Nuestro Señor Jesucristo. Pidamos, por la intercesión de María Santísima, la gracia del alcanzar este don.

Oración final a la Virgen Dolorosa

Oh María, Madre mía, hemos compartido los dolores y sufrimientos que soportaste, en el cuerpo y en el alma, acompañando a tu divino Hijo camino del Calvario, y asistiendo a su dolorosa y humillante muerte en la Cruz. Te pedimos que nos guardes bajo tu protección y amparo, para que jamás volvamos a pecar, renovando con ello la Pasión de tu divino Hijo. Amén.